

SECRETOS

DE UNA

VIDA

INVISIBLE

**EMMA CAMPILLO MUÑOZ**

## SECRETOS DE UNA VIDA INVISIBLE

Todos guardamos secretos.

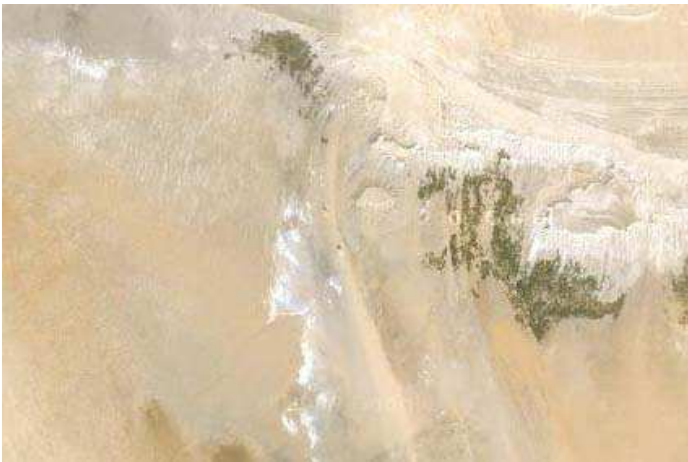
Puede que algún engaño, travesura, robo, un escaqueo.

Algunos mantienen sus riquezas bajo llave, sin que nadie las robe ni sepan de su existencia hasta su muerte (para después ser una miserable suma de monedas de cobre).

Pero otros mantienen identidades, personas, vidas e incluso muertes, que aún siguen sin registrar, en sus pensamientos.

Esos son los secretos de verdad.

LATITUD: 25.55948, LONGITUD: 28.60188



Velocidad.

El viento azotaba su cuerpo.

El motor rugía con fuerza.

La arena se levantaba como las olas en el mar a su paso.

Una sensación de éxtasis embriagaba su cuerpo, como si quisiera levantarse de su moto y

echar a volar.

Siempre ocurría cuando cabalgaba en dos ruedas.

Le ayudaba a desconectar y a olvidar.

Pero no del todo.

Frenó y su Yamaha interrumpió su libre y alocada carrera por el desierto.

No podía de dejar de pensar en ello.

Debería volver y pensarlo, no podía dejarlos tirados. "Debe de ser escuchado, tiene un secreto.", se decía.

Es un misterio que todos debían solucionar, ¿pero estarían todos de acuerdo?

¿Todos querrían volver? ¿Todos querrían hablar?

Se metió la mano en el bolsillo de su cazadora y lo sacó.

Sabría que tarde o temprano tendría que sacarlo a la luz, pero la misma idea le aterrorizaba y atraía al mismo tiempo.

No podía de dejar de pensar en las consecuencias que traería aquello, pero lo pero ya había pasado.

Y como si contestara a sus dudas, comenzó a sonar.

LATITUD: 35.654423, LONGITUD: 139.705655

Se sacudió el pelo dorado mientras se zampaba su hamburguesa.

Tenía un hambre terrible.

Estaba agotada, y vivir los últimos seis años en una de las ciudades más ruidosas del mundo no ayudaba mucho.

“Seis años...” - pensó.

Hacía seis años ella estaba en Antártida metida hasta el cuello en los asuntos de los Fénix ...

No, no debería hacerlo.

Es más, los Fénix de hielo ya eran historia, historia antigua.

Estaba muerta de hambre, siguió con el postre.

Dug le dijo que nada volvería a la normalidad hasta que no pasara un tiempo, hasta que todo volviese a la normalidad.

Pero la calma nunca llegó y el tiempo ya ha pasado.

¿Pensarían lo mismo los demás?

Terminó con las existencias, pero su estómago seguía gruñendo.

Abrió el bolso para comprarse otra ración de patatas cuando lo vio.

Era más pequeño que la palma de la mano, pero tenía más importancia que toda ella.

Lo cogió, olvidando las quejas de su estómago.

¿Cómo era posible que lo hiciera funcionar? ¿Cómo lo conseguiría?

De pronto, empezó a parpadear y emitir leves pitidos.

LATITUD: 51.495474, LONGITUD:-0.179826



“Odio Londres.”

Mike miró al cielo nublado y vicioso, como siempre.

Como soñaba con lugar soleado y sin lluvias, sin preocupaciones, y con otra rutina.

“Si hubiera sabido que los Fénix de Hielo terminarían así.”

Los Fénix de Hielo.

Hacía tanto de eso.

Seis años habían pasado desde que realizaron su última aventura.

Nadie ha contactar con los demás, para evitar problemas.

A no ser...

Buscó su maletín... nada

Gabardina...

Pantalón...

Aquí. Aquí está. Era minúsculo pero muy valioso, apenas existía un puñado en todo el mundo. No, eran únicos. Sólo creados para ellos.

Siempre lo llevaba encima por si surgía algún problema, por si lo encontraban...

Porque solo los Fénix tendrían que saber su posición en el momento adecuado.

Lo guardó en el maletín. Sí, ahí estaría más seguro.

Llegó hasta su edificio. “Asqueroso apartamento, me voy a mudar a la Maldivas.”

Pero él sabía que no era así.

Apenas había subido un par de escalones cuando un continuo tintineo recorrió el rellano.

Buscó su móvil, pero lo había dejado “olvidado” en el trabajo. Su PDA estaba

apagada...

"No puede ser."

Abrió el maletín y ese mismo chisme que hace cinco minutos sostenía en la mano, ronroneaba con su suave tintineo.

"No puede ser...qué asqueroso..."

LATITUD: 48.865115, LONGITUD: 2.349822



"Esto es vida..."

Bronceada al sol, piña colada, una playa reluciente, arenas de cristal, toallas de diamantes...

Un momento...

¿Cristal? ¿Diamantes?

"Como odio mis sueños, nunca se hacen realidad".

Se levantó de la cama.

Como siempre, cinco minutos antes que el despertador.

"¡JA, dormilón!"

Solía regañar a su reloj de mesilla casi todas las mañanas, excepto los domingos.

Lo apagó, arregló su habitación y fue directamente a la cocina.

Unos cuantos cereales y leche. Sí, eso estaría bien.

Salió a la terraza, y como siempre París atolondrada.

"Como siempre...", suspiró.

Los sueños no se cumplían y ella lo sabía muy bien, pero la vida puede mejorarse.

"O tal vez puede empeorar".

Por un soplo del destino, tal vez casualidad, coincidencia o haber desayunado por primera vez en su casa en ese mes, escuchó un leve tintineo.

"Ya está Antoine, ojala se funda esa radio".

Se asomó al balcón para observar el piso contiguo.

“Mmm, tal vez haya salido y se la haya dejado encendida”

Siguió con sus tareas.

Madre mía aquello era un completo caos.

Empezó a limpiar y ordenar su apartamento.

El tintineo continuaba y cada vez parecía más atronador.

“Esto es insoportable”.

Salió al rellano y dejó pulsado el dedo unos cuantos segundos en el timbre.

A los pocos segundos apareció un somnoliento Antoine.

-Buenos días vecina, perdona por ser indiscreto pero... ¡¡¡SE PUEDE SABER QUE QUIERE A ESTAS HORAS DE LA MAÑANA!!!

Inconscientemente Irina miró su reloj de pulsera, las cinco y media.

-Esto..., perdone usted pero me parece que usted se ha dejado la radio encendida de nuevo...

No la dejó terminar.

-¡¿YO?! Pero si es usted la que tiene la dichosa cancioncita a todo volumen. Y ahora si me disculpa tengo que continuar con mis ocho horas de sueño.

Y cerró la puerta de un portazo.

“Viejo atontado”.

Y la dichosa melodía seguía cantando, omnipresente en todos los rincones de la casa.

Sí, era en su piso, pero ¿qué era eso?

Comprobó que el despertador estaba apagado.

Y entonces lo vio.

Pequeño en un rincón susurraba al tintineo programado y activado para ese mismo instante en todo el mundo.

LATITUD: 30.12182, LONGITUD: 31.40579

Agotamiento. Desesperación. Inferioridad. Pesimismo. Escalofríos.

Todo junto daba lugar a un sentimiento natural en el ser humano: el miedo.

No tenía ni idea de que iba hacer o decir.

Ni siquiera estaba seguro adónde ir.

Porque él no había pulsado aún ese minúsculo botón para así descubrir su posición y al mismo tiempo descubrir el lugar adonde debía dirigirse.

Sentía terror, que es el padre del miedo.

No quería pensar en su futuro, o si iba a tener la misma suerte que Dug...

Dug.

Él sí era el mejor líder, y con una organización perfecta del lugar y el tiempo.

Un lugar casi siempre extraordinario pero a la vez discreto, donde la asociación podía reunirse sin problemas.

Excepto la última.

Se preguntaba si tendría la misma suerte que su amigo.

-James Smith.

Lo llamaba una señora rechonchita desde el otro lado de la puerta, pidiendo un pasaporte.

Era su nombre.

Bueno, no su nombre verdadero.

En realidad se llamaba Jackson Thompson.

-¿Destino, por favor?- preguntó la auxiliar de vuelo con un gracioso acento.

-Australia.

LATITUD: 40.769524, LONGITUD:-73.97231



“Un billete de avión costaba menos que toda una comida semanal”.

Pensó Mad.

Paseando por el Central Park, un pedacito de pulmón verde en medio del caos.

Le había costado menos de lo que

esperaba viajar del Japón hasta la gran manzana.

Le encantaba pasear, desde niña, en ese parque.

Nostalgia.

“¿Qué puedo hacer?”, una pregunta que no sólo ella se había formulado, sino que tres personas más, y tal vez una cuarta, se formulaban en ese momento todos a la vez.

El timbre del pequeño dispositivo de búsqueda, diseñado exclusivamente para los Fénix de Hielo, repiqueteaba continuamente. Todos a la vez. En el mismo momento, en todo el mundo. Era extraordinaria la exactitud. Sólo un buen experimentado en la tecnología pudo crear una maravilla de ese calibre.

Y ese fue Dug.

Despistado, perfeccionista, atento a los demás, muy tímido.

Porque Dug desapareció antes de poderlos comunicar.

Conocía todo aquello relacionado con la tecnología, electrónica, telecomunicaciones, matemáticas, física, todo un cerebro. Un cerebro con mucho peso. Detrás de todas esas ideas arrugadas escondía infinidad de secretos, pocos desvelados: sociedades secretas, mafias, movimientos armados, guerras que aún no han explotado, secretos que los gobiernos mantenían ocultos...

Podía obtener cualquier dato reflejado en un dispositivo.

Nadie supo como lo hizo.

LATITUD: 51.495474, LONGITUD:-0.179826

Pobre Dug.

“Ése si fue un amigo de verdad”, Mike seguía paralizado, esta vez en el sillón de su salón, con el rastreador en la mano, a unos milímetros de tocar el botón.

¿Qué lugar estaría programado? ¿Sería una trampa? ¿O bien un encargo de Dug?

Mike se decantaba más por la tercera opción.

“Ojala estuvieran todos aquí. Ellos sabrían qué hacer”.

LATITUD: 48.865115, LONGITUD: 2.349822

Irina estaba que trinaba.

Cogió la caja de Marlboro.

No podía más.

Se había prometido así misma no volver a fumar pero no podía más con la situación.

Le temblaban las manos y de los ojos le caían sendas lágrimas de cristal, miedo y recuerdos.

No podía estar pasando.

¡Ahora no!

Ahora que había empezado asentarse, a relacionarse, a vivir una vida... con secretos.

Y ahora esos dolorosos recuerdos volvían a inundar sus ojos.

Ella junto a sus demás amigos, estuvieron presentes el día en que se llevaron a Dug. En el que desapareció y no volvió a saberse de él.

“Todo por ser un listillo de mierda”.

Le dio una buena calada al cigarrillo que acariciaba con los dedos.

Se empezó a frotar las sienes. Empezaba a dolerle la cabeza.

Ojala pudiera volver a ese sueño, donde solo hubiera aguas relucientes y arenas limpias donde poder broncearse y en el que quemarse la piel solo fuese su mayor problema.

“Los echo demasiado de menos como para poder renunciar y tengo demasiado dolor como para volver”.

Los Fénix de Hielo. El nombre lo había puesto ella. Seres indestructibles, llameantes y elegantes, que volvían a nacer de las cenizas. Y lo de “Hielo” lo puso Dug, refiriéndose a nuestra base. Al refugio de la asociación en la Antártida. Él se refería a esta tierra como el continente de las estrellas. Un lugar donde mirar el cielo no supone ningún un problema.

Todo un emblema.

Esbozó una leve sonrisa. Tal vez hubiera esperanzas.

Tal vez, hubiera una señal, que quedara algo, del programa de Dug. Algo apunto de alcanzar con nuestros dedos, pero que se nos hubiera resbalado, cual pastilla de jabón.

Tal vez... eran tantas las posibilidades...

Tiró el cigarro, quería llegar por lo menos a los ochenta.

Pero después de tanto estrés lo dudaba.

Recordaba a Dug con todo detalle: sus ojos y las gafas redondas que los cubrían, la maraña de pelo rubio que le cubría el rostro... Y su carácter: sus manías, sus códigos para intentar hablar con alguien, sus escondites (si se lo proponía era casi imposible encontrarle, a pesar de llevar el móvil siempre encima), sus canciones ("*You Found Me*", de the Fray era su favorita), sus lugares (elegía lugares de ensueño nunca imaginados que pudieran existir, a veces podría llevarte al corazón de la Amazonia o bien llevarte ante unas ruinas romanas), su creatividad y sus secretos (lo que le costó su existencia).

Tres gotas saladas recorrían su rostro.

"*I'm going to the Gathering Place*", decía cada vez que se marchaba.

Nunca entendió a que se refería con esa frase.

Si iba a su casa, a un sitio en silencio, a relajarse...

Nunca supieron donde vivía realmente.

Ese chico era complicadísimo, pero después era más inocente y simplón que un niño.

Se levantó, se desperezó, se tomó una aspirina, y tomó una decisión.

Cogió las llaves de su coche, rumbo hacia el aeropuerto.

LATITUD: 51.495474, LONGITUD:-0.179826

Mike seguía con su aburrida rutina. Llegar, roncar, beber, ver un pésimo partido de fútbol por la televisión, cocinar, echarle un vistazo al correo y dormir.

No cambiaba. Ni siquiera en el orden.

Pero esta vez no podía de dejar de pensar en Dug.

"¿Qué nos has dejado en este asqueroso mundo amigo?"

Al no poder dormir, se levantó y encendió su portátil.

Se relajó y empezó a buscar en foros y blogs de Internet lugares exóticos, pequeños, inmensos, conocidos, aburridos, grises, calurosos, vivos, desaparecidos...

Todo un reto.

¿Dónde podría ser la próxima?

Él siempre utilizaba un código que sólo ellos conocían para reunirse, pero todo eso cambió en la última.

Lo recordaba perfectamente.

Cada vez que llegaba el día de reunión nuestros rastreadores comenzaban a sonar, como ocurría en ese momento.

Tenían dos opciones, aceptar o rechazar.

Lo más lógico era aceptarlas, pero con ello delatabas tu situación exacta en el planeta, estuvieras donde estuvieses, y acto seguido, en la pequeña pantalla de apenas de un centímetro de grosor del aparato aparecían dos cifras.

Primera latitud, segunda longitud.

Aquella vez fueron (0,0).



Mike siempre se preparaba para los encuentros porque no tenía ni idea de adónde iban siempre le gustaba ir preparado. Buscaba en Internet o bien le preguntaba Jackson.

Pero aquella vez fue muy distinto. Nada de bonitos paisajes, de desiertos, tierras pobres, luces o

colores, no, nada de eso.

Porque no era un territorio.

Era agua.

Sólo y exclusivamente la maldita agua.

-¿Pero este chico está loco o qué?

Lo comprobó miles de veces, pero nada. Agua.

Siguió con un punto de pesimismo. Noche.

Alquiló un velero en Santa Catarina, en Sao Tome and Principe, en la costa africana.

Y parecía que el muchacho no estaba tan loco.

Conforme se iba acercando hacia aquel punto de la nada, el pequeño aparatito, vibraba y pitaba en su bolsillo. Llevaba un radar incorporado. Si otros de esos aparatos se acercaban entre sí, se reconocían, el aparato comenzaba a vibrar; y si habían aceptado la invitación, su nombre aparecía en la pequeña pantalla.

Aquella vez hacia la salida de Santa Catarina, el sensor se quejaba en su bolsillo. Lo cogió algo nervioso, porque a pesar de las veces que había acudido a reuniones, esa vez se encontraba bastante incómodo e inseguro. ¿Por qué? Porque no tenía ni la más minúscula idea de hacia donde iba.

Pero tenía que ir. Dug se lo había advertido, los habían descubierto.

Acarició el objeto con sus dedos y se tranquilizó. Aparecían los nombres de sus compañeros: Jackson, Madeleine e Irina. Pero, ¿y Dug? ¿No era él el que había solicitado el encuentro, como siempre? Es mas, su nombre debería de haber aparecido el primero.

-¿Pero que te pasa Mike? ¡Muévete!-, se repetía así mismo. Pero el miedo le paralizaba hasta la última célula del cuerpo.

-Esperaré.

Y se quedó tumbado mirando las estrellas.”

Tal vez fue culpa suya haberse quedado allí quieto paralizado del miedo. Tal vez no respondió con rapidez. Tal vez no guardó fidelidad. Tal vez debería haberse reunido con ellos.

Eran tantas las causas y las consecuencias...

Salió de su casa. Así sin más. Se negaba a recordar más. ¿Y si hubiera provocado

involuntariamente la muerte de Dug?

Se negaba a recordar más. Y se quedó dormido.

LATITUD: 40.769524, LONGITUD:-73.97231



“Perritos... iesto sí es comida de verdad!”.

La comida le ayudaba a desconectar y a la vez alegrar su paladar.

Pero no hacía efecto para bloquear sus pensamientos, recuerdos y secretos.

“No se lo digáis a nadie”, les dijo una vez Dug. “Este será siempre vuestro hogar. Siempre bienvenidos. Nunca, por muy idiota que sea el error cometido, nunca se os echará en cara. Este es vuestro escondite.”

Se conocieron de una manera extraña.

Nadie sabe como Dug los encontró.

Fue a cada uno y los contrató sin no dar ninguna explicación. Excepto con Irina, ellos dos se conocían de mucho antes.

Crearon a los Fénix con el fin de desenterrar secretos que muchos, con sus promesas y proyectos, tapan y nadie ve. Ideas de cristal y castillos de aire que nadie podía demostrar su existencia, porque eran invisibles. Hasta que se pintaban.

Siempre habían tenido ese objetivo.

Desenmascarar.

Pero no se podían arriesgar, siempre en el anonimato.

Tenían varios enlaces con asociaciones internacionales, pero sólo un puñado de gente en todo el mundo sabía de su existencia.

Los Fénix de Hielo.

Policías invisibles, cada uno ayudaba a su manera: Dug, el líder del grupo, la parte electrónica, técnica y matemática.

Mike en la económica y en los recursos que teníamos a nuestro alcance.

Jackson en los transportes y, después de Dug, era el que aconsejaba, informaba de la situación de cada lugar, tenía un buen sentido de la orientación, y mecánico excelente a pesar de su juventud.

Mad era antropóloga y arqueóloga, hablaba varias lenguas, conocía todas las culturas y hallazgos existentes.

Pero con Irina era distinto. Era un espíritu libre sin ataduras, y la mano derecha de Dug. No destacaba en ninguna materia, pero siempre estaba en el momento oportuno. Mad desconocía como se conocieron ellos dos. Eran tan diferentes uno del otro y sin embargo, eran uña y carne.

Recordaba perfectamente ese día.

“Había contactado con Jackson y ambos habían ido juntos al lugar solicitado, (0,0).

Estaban absortos, en medio del Atlántico. Pero ambos habían rastreado la zona, y el terreno más cercano era la isla de Sao Tome and Principe. Pero iban seguros. Sobre todo Jackson él confiaba completamente en su instinto, según observó Mad. Parecía como si ya hubiera estado allí. A ella no le importaba, confiaba en él y no hubo inconvenientes.

Mad se encargó de alquilar una pequeña lancha, ya que hablaba su lengua con fluidez.

Cuando se dirigían a la zona en la pequeña lancha motora, Jackson tomó el control de los rastreadores y de la localización. El radar ya había comenzado a funcionar desde que ellos dos se habían encontrado, pero tenían que contactar con los demás. Instaló un pequeño equipo radar, similar al que utilizaban los barcos, que Dug le había prestado.

A los pocos kilómetros, Jackson empezó a fruncir el ceño. Era su manera de decir que algo iba muy mal.

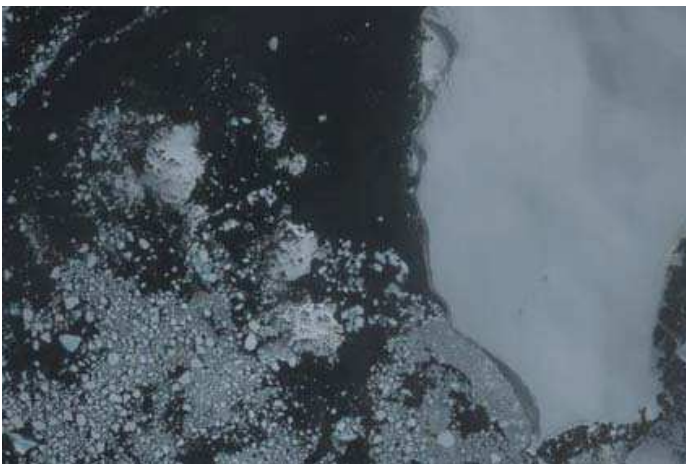
-¡Para!- le ordenó a Mad.

-¿Qué ocurre?

-Veo a Irina y a Mike, pero Dug no está por ningún lado. Y parece que ellos ya han llegado.- le mostró la pantalla. Se quedó helada. En el monitor aparecían más de media docena de dispositivos.

-Oh Dios mío.”

LATITUD:-60.69058, LONGITUD:-45.07236



Ya había llegado.

No hizo falta ir muy lejos.

Solo coger el jet privado que tenían, a nombre de “MICROCHIP” (era el apodo de los Fénix, lo puso Mike para tratar asuntos financieros).

Presentó su pasaporte falso, y le concedieron el paso al avión.

Un piloto profesional y nadie más. Perfecto. Cuantos menos mejor.

En su bolso aún sonaba imparable el pequeño dispositivo. No lo iba a apagar hasta encontrar respuestas. No la pillarían con la guardia baja. Iría preparada. Por eso tenía que ir antes allí. Varios abrigo, manoplas, guantes, y una pala, por si las moscas.

Tenía que informarse, tenía que volver.

-¿Algún lugar en concreto señorita?- le preguntó el piloto muy serio.

-Base Fénix, por favor.

Y le puso delante de las narices un GPS con las coordenadas marcadas.

Comía sin prisa, mirando por la ventanilla del avión.

Era tiempo de recordar, de sacar todos los secretos.

De saber su escondite.

Él escondió algo y lo sabía.

Aquel día.

“Ambos se dirigían a la base. Ese era su escondite. Donde cada uno de los Fénix pudiera cobijarse y resguardarse si ocurría algo grave.

No solía ir mucha gente. Tal vez investigadores o científicos interesados en la finalidad de la base, o tal vez algún que otro extraviado.

Normalmente solíamos ir allí con Jackson, porque era el único capaz de aterrizar un avión.

Aquel día se descuidaron. Contrataron a un piloto cualquiera. Sin justificación ni nada parecido.

Se quedó muy extrañado pero, claro, no era de su incumbencia.

Llegaron a la base, el piloto prefirió quedarse en el avión, mientras que Dug e Irina prefirieron entrar. Debían hablar.

-Entonces, ¿no me vas a decir adónde vamos?-preguntó Irina juguetona.

-Ya te lo he dicho. Cero, cero.

-Claro y como yo se interpretar todas las coordenadas estrafalarias, uff, que escurridizo eres.

-Jajaja- rió- te sorprenderías.-le guiñó un ojo.

Ella no prestó atención al gesto, quería saber a qué se debía esa reunión tan precipitada, sin motivo ni elección. Ansiosa preguntó:

-Pero vamos a ver, ¿me puedes decir ya de una vez lo que estás pensando!

-Creía que nunca me lo ibas a preguntar. Es por esto que he organizado todo esto. ¿No lo entiendes?

Irina negó con la cabeza.

-Ven- la llevó a una sala donde pocas veces había entrado, al despacho de Dug, no le gustaba que le molestasen, aunque no lo demostrara lo suficiente.

Toda la habitación estaba ocupada. No había ninguna zona sin desordenar. Incluso el suelo. Paneles solares, hélices, microchips, radares, GPS, cables, herramientas, ordenadores, libros, cuadernos, telescopios, mandos y alguna que otra lata de cerveza o bolsa de patatas.

-¿¡PERO QUÉ ES TODO ESTE ESTROPICIO!?

-Tranquila, es sólo mi despacho.

-¡Esto no es un despacho, esto es el río Citarum!

-Venga, no exageres. No está tan mal.

-No qué va. Con toda la suciedad que hay aquí puedes construir una bomba atómica.

-Ahora no te pongas con regañinas y todo lo que has dicho es falso. Primero, con esto no se construyan bombas, sino tecnología que ayuda al hombre.

-Entonces ¿qué me ibas a enseñar listillo?

-¿Te acuerdas cuando formamos la Asociación y comencé mi búsqueda?

-Sí, lo recuerdo.

-Lo que empecé a rastrear fue a personas.

-Eso ya lo sé, pero lo que no tengo ni la más remota idea es cómo lo hiciste.

-No te diré lo que hice, lo tendrás que descubrir cuando llegué el momento.

-Al menos dime qué hiciste.

-A ver, yo no buscaba a la persona, sino su identidad. Me informaba antes. Los mejores en cada categoría. Mecánica, tecnología, cultura, comercio, ciencias. Una liga perfecta. Una liga de desarrollo. ¿Es que no lo entiendes?

-Sí creo que sí. Creo que te sigo. Pero tú a mí no me escogiste, tú ya me conocías.

-Vale, lo reconozco, quería a alguien de confianza, ¡para robar mi móvil!

Se echaron a reír.

-Pero toda buena calma tiene su fin.

-¿Qué quieres decir? Todos hemos cumplido palabra, hemos acatado tus instrucciones al dedo. Misiones, encerronas, asuntos secretos, ¿te acuerdas la del área 51?

-Irina, te estoy intentando decir algo muy importante y me estás cambiando de tema cada dos por tres.

-Porque no quiero escuchar cosas horribles.

-Tú eras la interesada en saber.

-De acuerdo.

-Como iba diciendo, siempre hemos tenido muchos enemigos y gobiernos que nos

han intentado pillar, e incluso la CIA nos ha advertido. Irina, van a venir. Esta noche. No todos, pero nos quieren hacer callar y quiero que te mantengas al margen a toda costa. Tú y todos.

-Mi respuesta es no. Además, ¿no deberías con los demás?

-Lo sé, ya he hablado con los demás, pero contigo no. Y como jefe voy a ejercer mi derecho por primera vez, así que te prohíbo venir conmigo, tan sólo te llevaré con ellos y antes de llegar, irás con Jackson. Y otra cosa, si pasa algo, cualquier cosa, acudid aquí. Tomad conciencia de ello, organizaros, tomad caminos distintos, separados, cambiaros de domicilio, de teléfono, de vida, todo. Pero nunca perdáis el rastreador. Cuando llegue el momento oportuno sonarán, y os tendréis que reunir, a cualquier precio. Porque el Fénix renacerá.

-Espera, ¿podréis? ¿Y tú qué?

-Yo he sido el responsable de esto y si alguien sale perjudicado tengo que ser yo.

-¿Tan grave es?

-Más de lo que imaginas, pero no pierdas la esperanza, nunca rebelaré mi secreto.

-Sí.

-Y prométeme una cosa.

-Lo que mandes.

-No vuelvas a la vida porque no estaré allí para rescatarte.

El silencio recorrió la estancia, transportando pensamientos y miedo.

-Ve al avión, antes tengo que terminar una cosa.

Irina se marchó al jet mientras él cerraba la base.

Subió al avión y dictó al piloto:

-Sao Tome and Principe.

Le dio las coordenadas correctas, el GPS y se marcharon del continente de las estrellas.

LATITUD:-24.173, LONGITUD: 136.620

Australia. Eso sí era un desierto donde cabalgar a dos ruedas.

Pero, a pesar de lo que disfrutaba al montar su moto, no podía olvidar aquella

noche.



“No podía creerlo. Los habían encontrado. De verdad. Como había dicho Dug. El tío no iba de broma.

Algunos iban armados, ¿tan serio era todo aquello?

Parecía que sí. A veces los secretos o la información es el problema

más grave.

Dug se apresuraba hacia ellos, pero con aspecto de serenidad y calma. Jackson estaba desconcertado, no sabía nada de lo ocurrido, de lo que llevaba entre manos ese chico. Apenas sabía una décima parte de lo que Dug guardaba en su cerebro. Entonces se paró. Le dio unas llaves a Irina, tiró algo al agua y sacó su móvil, que después de escribir algo, lo tiró al agua.

Acto seguido, Jackson y Mad, recibieron un mensaje: “Marchaos”.

No se lo podía creer. Habían acudido todos allí, tan solo para observar como desaparecía, y no volvería a aparecer. Aquellas personas no habían advertido aún la presencia de Dug. Irina comenzó a llorar, abrazó fuertemente a Dug y se dirigió a nado hacia ellos. La ayudaron a subir.

-¿Qué ha pasado?

Tan solo fue un susurro:

-No va a volver.

De pronto vimos una lancha acercarse lentamente. Era Mike. Había esperado hasta el último momento. Cuando vio a Irina llorosa, no preguntó. Sabía la respuesta: demasiados secretos.”

LATITUD:-60.69058, LONGITUD:-45.07236

Irina nunca olvidaría las palabras de su amigo, ni su desaparición.

Jamás contactó con ella.

-Señorita, abróchese el cinturón, aterrizaremos en cualquier momento.

-Gracias.

¿Fue culpa suya?

¿Le abandonó en el último momento?

¿Qué fue de él? ¿Seguirá vivo? Y si no es así, ¿cómo murió? ¿Dónde esta la tumba donde llorarle?

"Clic".

Ya habían aterrizado en el continente de las estrellas.

Ella buscaba respuestas, secretos, ideas, pensamientos, responsables, no sabía exactamente lo que quería encontrar.

Pero él le dejó algo. Ella lo sabía.

Recordó aquella noche, su despedida.

"Ellos lo esperaban. No sabían su propósito. Si coger a los Fénix o solo a él.

Entonces se miraron fijamente. Uno a otro. Dug e Irina. Desde hacía ya muchos años él la encontró en la calle sin trabajo, sin hogar, sin familia. Ella le había robado el móvil. Y la casualidad y la fortuna se fundieron dando lugar a Dug, que la rastreó, la sacó de allí y cuidó de ella. Era su hermano, su amigo, su secreto.

Se abrazaron.

-No robes más móviles que te acabarán encontrando – le susurró al oído.

Ella en lugar de reír comenzó a sollozar.

-Toma, llévalas, reuniros allí y haced lo que os he dicho.

Irina obedeció y cogió las llaves de la base.

-Ve, sólo debo ir yo.

Irina, vio a Jackson y a Madeleine en una lancha casera.

Se lanzó al agua helada, llevando mucho cuidado en no mojar el rastreador o su móvil.

Y entonces oyó como una lancha arrancaba a sus espaldas y desaparecía en la oscuridad e inmensidad del punto (0,0)."

Y allí estaba, buscando una respuesta, una causa, provocación, porque ella sabía de buena tinta que Dug nunca da su brazo a torcer. Puede que por ello esté muerto.

Suspiró e invitó al piloto a entrar. Él aceptó y entraron.

Humedad, moho, polvo, suciedad y ventanas destrozadas. Un completo desastre. Tendría que pasar por allí más a menudo. Removió algunos cajones y observó la puerta que daba al despacho de Dug.

Tragó saliva y abrió.

Estaba exactamente igual que cuando se marcharon. Libros, cuadernos, herramientas, paneles, ordenadores, latas y comida esparcida por todo el suelo, un CD...

¿Un CD?

Tal vez un proyecto, un programa, un secreto...

Encendió un ordenador, y probó suerte.

¡Sí! Iba muy lento pero el viejo trasto funcionaba.

Metió el CD en la torre y acto seguido apareció el reproductor de música.

-¿Pero qué...?

Una sonrisa recorrió sus labios.

Reconocía la letra.

Él siempre decía que relataba su vida, y llevaba razón.

*Lost and insecure*

*You found me, you found me*

*Lyin' on the floor*

*Surrounded, surrounded*

*Why'd you have to wait?*

*Where were you? Where were you?*

*Just a little late*

*You found me, you found me*

*\*Perdido e inseguro*

*Tu me encontraste, tu me encontraste*

*Tirado en el piso*

*Rodeado, rodeado*

*¿Por qué tienes que esperar?*

*¿Dónde estás, dónde estás?*

*Sólo un poco tarde*

*Tú me encontraste, tú me encontraste*

"You found me" de the Fray.

"I'm going to the Gathering Place", "Voy al lugar del encuentro", decía él siempre que escuchaba la canción.

Gatherin Place... ¡Un momento! ¡Claro!

Irina salió corriendo de allí, seguida del piloto muy sorprendido.

Ni siquiera se percató de su olvido.

LATITUD: 51.495474, LONGITUD:-0.179826

Mike ya estaba cansado quería respuestas. Podría cubrir otro turno. Eso era más grave. Enfadado se levantó de su sillón, rompiendo con la aburrida rutina.

Pulsó el botón rojo del dispositivo que llevaba en su maleta, que de inmediato le mostró las coordenadas:

*-Welcome to Gathering Place.*

LATITUD:-24.173, LONGITUD: 136.620

Jackson paró en seco su moto. No podía más, debería de hacer algo.

"Amigo cuando tengas problemas ve al lugar de encuentro"

"a cual, ¿a la base?"

Entonces Dugse echaba a reír y se marchaba.

Nunca lo entendió. Se encogió de hombros.

Entonces el aparatillo, hasta entonces olvidado en su bolsillo, empezó a pitar aún

mas molesto.

Mike.

Vaya, quien lo iba a decir. El viejo rompiendo las reglas.

No le caía en la cabeza como podía confiarse tanto si...

-¡Ya está! ¡Qué ciego he estado!

Entones pulsó el botón sin necesidad de leer el destino hacia donde se dirigía.

LATITUD: 40.769524, LONGITUD:-73.97231

"Ayy, que dolor de tripa.", Mad se palpó la barriga.

Por mucho que comía nunca era capaz de engordar, no se lo explicaba. Dug dijo que era su metabolismo. Y ella le creía. Lo recordaba perfectamente.

-Tendrías que comer más sano.

-Lo sé, pero no sé cocinar.

-Mujer, eso no es excusa para comer, por ejemplo, frutas.

-Sí, pero al final acabo volviendo a la comida basura.

-Entonces deberías probar con la Gran Piña.

-¿Cómo has dicho?

-No, nada, nada. Era una de mis tonterías.

La Gran Piña. ¿Qué era lo que le intentaba decir?

Bueno, ella prefería la Gran Manzana.

Espera, un momento.

Entonces se acordó de uno de los juegos que le hacían recordar algunas ciudades americanas.

Si Nueva York era la manzana, Los Ángeles era la naranja, Atlanta el melocotón, entonces la piña...

¡Claro!

Tiró todo lo que tenía en las manos al suelo.

Cogió el bolso temblando, y allí estaba el dispositivo.

Mike y Jackson.

-Ya lo han descubierto.

¿E Irina? Seguro.

Entonces sin miedo, segura y en busca de su tormento desde hace seis años, pulsó el botón.

En la pequeña pantalla aparecieron las coordenadas.

Sacó su pequeño mapa de bolsillo que regaló Jackson a todos.

(21.276546,-157.823680).

Coincidía. Hawai, Honolulu.

LATITUD: 21.276546, LONGITUD:-157.823680



Todos corrían, sin darse cuenta de sus consecuencias. Sin ocultar su situación. Pero ya no había peligro.

Todos sabían su objetivo.

Eran coordenadas concretas.

Y se encontraron allí, todos.

Frente al bloque de pisos donde, antes de que desapareciese, vivía

Dug.

Por fin descubrieron su código. De niños.

Por fin sabrían el secreto de su amigo y su escondite.

Entraron. Fue Irina la primera que preguntó en recepción.

-¿Buzz Milton?

Era el nombre falso que utilizaba Dug.

-Sí, segunda planta, puerta 13. Pero esa habitación está vacía, aunque sea de un propietario.

-Sí, esto..., nos ha prestado sus llaves.

Los cuatro compañeros, tensos, nerviosos, con miedo, paralizados, pero con sendas miradas de amistad, de recuerdos, cariño y, por supuesto, secretos.

Llegaron frente a la puerta.

Jackson introdujo la llave en la cerradura, giró y...

-¡Vaya!- exclamó los cuatro a la vez.

En medio del apartamento había una gran pancarta en la que se leía: "Felicidades, encontrasteis el lugar de encuentro".

Entraron, en la cálida morada observando cada rincón, pero al cabo de diez minutos ya se comportaban como si se encontraran en su propia casa.

Con cuidado y cariño Jackson ojeaba libros y leía alguna que otra nota de su amigo, era fascinante. Seguía leyendo. Códigos, secretos (la mayoría ya los sabía), pero debería haber algo más ...

Mike, por su parte, revisaba las cuentas bancarias, registros. Todo estaba limpio. Menos una cosa...

Madeleine, por su lado estaba entretenida estudiando el pueblo y la situación hawaiana y cayó en la cuenta, de un detalle.

Y al margen del resto del equipo, Irina sólo se dedicaba a cuidar la casa de su amigo. Limpió las habitaciones, cambió flores de jarrones, cocinó algo, ordenó los armarios y sus pensamientos, cuidadosamente. Vio un teléfono. ¿A quién llamaría si no podía mostrar su situación? Él nunca daría un número de teléfono. A no ser que se llamase así mismo. Otro código, otro acertijo.

"Bah, tonterías".

-Chicos, creo que tengo algo.-respondieron Jackson, Mike y Mad a la vez.

Irina fue corriendo al salón.

Mike presentó todas la cuentas bancarias, ninguna operación, pero observó la cuenta bancaria que tenía la empresa "MICROCHIP", demasiados ceros juntos. Ese chico era de oro, literalmente.

-Este tío es asquerosamente rico y listo.

-Pues observar esto.

Jackson mostró los planos.

Satélites. No uno ni dos. Eran por lo menos una docena. Giraban alrededor de la Tierra, de la Luna y de Marte incluso.

-No me extraña que viviera tan escondido, pero tengo otra cosa.-dijo Mad.-

¿recordáis su acento? Pues bien, no es de aquí, él se instaló aquí por la situación, nadie buscaría aquí. Y otra cosita que está a unas dos islas de aquí.

-Venga Mad, déjate de acertijos, habla.-replicó Mike.

-Pues bien, él no se instaló aquí por casualidad. La cultura recoge varias ciencias, es un lugar turístico, sin labores. Y, lo más importante, la presencia de telescopios, desde allí podía localizarlos y observar los satélites. Siempre tendría alguien que le guardase las espaldas supongo. Tal vez chantajeándolos.

Por fin satisfechos, sabían su secreto. Por eso estaba hasta el cuello.

Por eso sabía tanto. Así los encontró.

Satélites.

¿Los construyó él? ¿Quién le ayudó? ¿Desde cuándo? ¿Seguirán activos? Uno al menos debería estar activo, ya que los rastreadores funcionaban a la perfección. Decidieron salir y dar una vuelta y tal vez ir a un hotel, ya que allí, en la antigua casa de Dug, no había suficientes camas para todos.

Justo antes de salir del apartamento, empezó un ruidito, oculto, en sus bolsillos.

Mike, Jackson y Mad sacaron, sorprendidos, los rastreadores.

-Irina, ¿es una broma? Ya estamos aquí todos.

-¿De qué estáis hablando?

-Nos acabas de mandar una petición, para unas coordenadas.

-¿Cómo...?

Se palpó los bolsillos. Esto..., no. Miró en su bolso. No, no, no. En el avión tampoco, entonces... ¡Había olvidado su rastreador en la base!

-¡No, no soy yo!

Pulsaron el botón apresuradamente, y salieron las coordenadas correspondientes, allí en la Antártida.

Y de pronto sonó el teléfono. Se quedaron helados. No es posible. A lo mejor, es uno de sus compañeros ¿pero qué compañeros, si estaban allí todos?

Irina, cuyos músculos quedaron agarrotados de golpe, descolgó el teléfono:

-¿Diga?

-Creo que se te ha olvidado una cosita aquí, en el continente de las estrellas.